El Asesino del Pañuelo Rojo (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)

Capítulo 1

El Asesino del Pañuelo Rojo

Lentamente, el sol se estaba ocultando en el horizonte mientras que las primeras estrellas comenzaban a aparecer en el cielo. Cada minuto que pasaba, la luz natural se estaba alejando para que las primeras farolas de las calles empezaran a iluminar el camino. Por la acera, se podía observar a una chica, vestida completamente de blanco, caminar de forma apresurada. Sofía estaba muy cansada después de una agotadora jornada y deseaba con todas sus fuerzas llegar pronto a casa.

Gran parte del día se lo había pasado en la universidad. No era fácil compatibilizar sus clases con las prácticas en el hospital que debía desempeñar de acuerdo a las especificaciones de las materias que cursaba en la carrera de enfermería. A pesar de tener turnos durante la mañana o en la tarde, dependiendo de sus clases, la carga académica más la laboral le estaba pasando la cuenta. Las bolsas negras que estaban apareciendo debajo de sus ojos era una prueba fehaciente de aquel hecho, pero no le quedaba más remedio que continuar de esa forma. Si quería convertirse en una enfermera, tenía que soportar el aquel ritmo.

Cada día intentaba verle el lado positivo por todas las aristas posibles. Era una de las estudiantes más destacadas de su promoción, por lo que aquella oportunidad y la confianza que le brindó el hospital no podía desaprovecharla. Todos los días cumplía a cabalidad con sus responsabilidades, tanto en lo educacional como en lo profesional. Estaba segura que, si terminaba con éxito aquella etapa, cuando egresara de su carrera podría encontrar un trabajo estable y muy bien remunerado.

Su casa era sencilla, familiar y muy acogedora. Por el momento, vivía sola puesto que sus padres se habían tomado unas largas vacaciones en un crucero por el caribe que duraría al menos unos 6 meses. Pensando que era una forma de retribuirles tantos años de sacrificio por ella, había vuelto a vivir en la casa familiar en calidad de cuidadora. Escasos eran los momentos en los que podía comunicarse, por lo que poco y nada sabía de cómo se la estaban pasando.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo Sofía fue a darse un baño. No quería que el olor al hospital terminara impregnándose en su piel más allá de lo necesario. Cuando estaba desnuda, se puso frente a un espejo grande, donde podía ver su reflejo a cuerpo completo. Se dio cuenta que

le estaba saliendo una pequeña barriga.

“Debe de ser porque estoy comiendo pésimo”, pensó.

Con el horario que mantenía le era imposible comer sano, tal y como estaba acostumbrada; y tampoco podía ir al gimnasio. Era un verdadero fastidio para ella, no poder cuidarse por la falta de tiempo. Incluso, eso estaba perjudicando su vida social.

Antes de comenzar con las prácticas, era una mujer sociable que muchas veces tenía que rechazar más de una propuesta para salir a cenar, o simplemente tomar una taza de café. Lamentablemente, eso ya no ocurría; y sospechaba que eso le estaba haciendo perder su atractivo que tanto luchó por mantener tantos años. Siguiendo el ritual que siempre la acompañaba, preguntaba en voz alta a su propio reflejo.

—Espejito, espejito ¿Quién es la mujer más sexy de la ciudad?

Soltó una carcajada ante la pregunta, tal y como era de esperar se respondió a si misma afirmativamente. Era una forma subirse la moral y el ego después de llegar tan desaliñada del trabajo, era lo único que le quedaba.

Después de salir del baño, tomó un vaso de agua y se tiró desnuda encima de su cama. Estaba tan agotada que no tenía ánimos para ponerse su pijama. No obstante, tomó su teléfono y comenzó a leer las noticias locales. Con su trabajo, poco era la información de contingencia que le llegaba a sus odios, a no ser que se tratara de heridas, o enfermedades respiratorias mal cuidadas.

Lo primero que vio fue un par de protestas de trabajadores de diferentes áreas contra el gobierno exigiéndole cosas. Sin embargo, no le prestó mucha atención. Hasta el momento, la noticia que marcaba la tónica del día era la historia del asesino del pañuelo rojo.

Hace un tiempo, la ciudad estaba viviendo un episodio de violencia y agresividad que estaba provocando pánico entre sus habitantes. Desde hace tres meses aproximadamente, se estaba dando un caso de secuestro de mujeres, con la sola finalidad de asesinarlas para dejarlas enterradas en el bosque que rodeaba la ciudad. Tanto había sido el eco de la noticia a nivel nacional que, en cada puesto de periódicos de todo el país y redes sociales aparecían consejos de cómo una mujer debía cuidarse al viajar sola hasta muy tarde.

En cada noticiero, aparecían expertos hablando del perfil psicológico del atacante. Todos los profesionales coincidían que se trataba de una persona enferma, probablemente con una enfermedad diagnosticada, pero mal tratada. Lo malo de todo aquello, era que las víctimas ya eran 10

mujeres y continuaban ascendiendo. Todas cumplían con la semejanza de tener entre 20 y 27 años. Jóvenes, delgadas, y cabello largo. Lo malo es que el atacante no discriminaba; la victima podía ser rubia, morena o pelirroja. Simplemente atacaba, sin más. Tal vez y otra coincidencia era que la gran mayoría de las mujeres eran estudiantes universitarias. Solo 3 eran profesionales.

Otro elemento que coincidía era que cuando encontraban el cadáver, había un pañuelo rojo cerca de un matorral o de un árbol indicando el lugar exacto donde estaban las víctimas. Según los detalles escabrosos que publicaba la prensa, todas las mujeres presentaban golpes perimortem tanto en su cráneo como en su rostro; y algunas marcas de cortes en sus brazos, piernas y abdomen.

De acuerdo a las autopsias realizadas por los médicos forenses, determinaron que todas murieron a causa de asfixia por un pañuelo, que probablemente pudo ser el que indicaba el lugar donde se encontraba la víctima. Aunque todo aquello sonaba aterrador, lo más impresionante era que todas las victimas presentaban signos de haber sido violadas. Sin embargo, ninguna presentaba fluidos masculinos por lo que los que estaban investigando pensaban que el atacante usaba preservativo, para no dejar ningún rastro de ADN.

Semana tras semana, la policía no se podía explicar cómo este asesino en serie estaba actuando en las sombras y sin dejar ninguna pista. El problema que se presentaba era que la sociedad estaba haciendo sentir su malestar a causa de los nulos resultados para poder encontrar al culpable, o al menos a un sospechoso. El asesino no había dejado huellas en ningún cadáver, y eso era algo preocupante. Por lo pronto, se le pedía a la población, sobre todo a las mujeres entre aquel rango de edad, que estuvieran alerta y que no viajaran solas por ningún motivo.

No obstante, ahí estaba Sofía, caminando sola rumbo al bosque. El solo hecho de estar deambulando y con el peligro que estaban asechando a todos los habitantes, la excitaba de sobremanera. No supo cuánto tiempo estuvo caminando, ya era muy tarde cuando se internó en el bosque. Solo podía oír el ruido de los animales nocturnos que rondaban entre los árboles.

Siguiendo su instinto continuó caminando hasta llegar a una pequeña cabaña que se estaba cayendo a pedazos. Desde hace años, aquel lugar estaba inhabitable y no había indicios de que alguien la hubiera descubierto o reclamado para sí. Lentamente, comenzó a acercarse a ella sin temor. Estaba cien por ciento segura que no le ocurría nada malo al ir a aquel lugar. A pesar del pánico colectivo que se estaba apoderando de la ciudad, debido a la presencia del asesino del pañuelo rojo, no dejaba que

eso le afectara.

Abrió la puerta de la cabaña, que gracias al mal estado en el que se encontraba, el ruido de las bisagras oxidadas sonó estridentemente. No había luces en su interior. La poca iluminación que había era la que provenía de la ventana, pero poco se podía observar en ese momento porque precisamente esa noche había luna nueva.

Poco a poco su vista se fue acostumbrando a la penumbra del lugar. Antes de tocar cualquier cosa, tomó de una caja de cartón, que estaba botada en un rincón, unos guantes de látex blancos similares a los que usaba en el hospital. Observó cómo estos se ajustaban como una segunda piel, eran especiales para protegerse.

Continuó su recorrido por aquel lugar, todas las cosas estaban exactamente igual como las había dejado la última vez. Las botellas vacías de vino espumante estaban ordenadas cuidadosamente sobre una mesa rañosa que le llegaba a la cintura. En el suelo aún permanecía rotas algunas de las que ya había usado con anterioridad. Se alejó de ahí hacia el otro extremo de la habitación donde había una cómoda vieja. Por la textura que tenía era un bufet para las termitas. Abrió el primer cajón, y encontró una tela sedosa.

Mientras la acariciaba, soñaba con sentir en su piel desnuda el contacto del pañuelo rojo, pero no podía hacerlo. No se podía arriesgar a que parte de su ADN quedara impregnado entre las fibras. En ese instante, escuchó un pequeño gemido que provenía del fondo de la cabaña. Con una sonrisa en el rostro, se acercó con el pañuelo que tenía en sus manos y una de las botellas vacías que había en la mesa.

La pobre chica estaba desnuda y acostada sobre un catre viejo con sus piernas y brazos amarrados en cada extremo. Sofía observó complaciente como estaba la pobre mujer en aquel lugar. Su cabello lucía enmarañado y el rostro sucio que, gracias a que el maquillaje que llevaba, se había corrido debido a sus lágrimas de desesperación. Cuando la vio por primera vez en la universidad, quedó prendada con su belleza.

Clarisa era una mujer que con tan solo caminar desprendía belleza, amabilidad e inteligencia. Era como si fuera una mujer perfecta. Todo el mundo que la conocía admiraba la delicadez de su piel tersa, los rasgos finos de su rostro muy bien marcados. Sin duda, era la envidia de todas las mujeres. Los hombres, la rondaban al igual que las abejas a su panal. Al parecer nadie se resistía a sus encantos… Ni siquiera su padre.

Hace meses, Sofía descubrió que sus padres estaban teniendo problemas matrimoniales. Jamás pensó que la causa de todo aquel drama era porque él mantenía relaciones extramaritales con jovencitas de su edad. La rabia la cegó por completo, pero tuvo que guardársela para sí misma para no

levantar sospechas. Ya era bastante vergonzoso que lo descubriera ella. Lamentablemente, su madre a pesar de que sospechaba lo que estaba ocurriendo, no se imaginaba que se trataba de mujeres mucho más jóvenes que ella. De ahí nació la idea de aquel crucero. Era una excelente ida para mantenerlos alejados e intentar recomponer su matrimonio.

Observó cómo Clarisa, la última que había caído en las redes de su padre, intentaba inútilmente soltarse de las amarras.

—Pobrecita… Eres una zorra maldita.

Observó la botella que había tomado de la mesa. El día anterior, la había usado para darle lo que tanto quería Clarisa de su padre. Aún recordaba sus alaridos y las súplicas para que la dejara. Era una ilusa…

Volviendo a la realidad, la estrelló con la pared para romperla. Lentamente, con el filo del vidrio comenzó a hacerles pequeños cortes en los pies, piernas y abdomen. Un pequeño hilo de sangre comenzó a brotar de sus heridas haciendo que Clarisa llorara del dolor. Con su dedo cubierto por el guate de látex, comenzó a recorrer las heridas ejerciendo presión en algunos puntos para hacer que le doliera más.

Durante tres días la ha mantenido en aquella cabaña, muy pronto la mandaría al mismo lugar que las demás. Incluso ya le tenía uno perfecto para dejar su cuerpo una vez que terminara con ella. Con las manos ensangrentadas, tomó uno de los tantos pañuelos rojos que tenía guardado en aquel lugar. Se acercó a Clarisa y le envolvió el cuello con él. Lentamente, comenzó a apretarlo hasta ver como sus ojos salían de sus órbitas debido a la falta de oxígeno.

Sofía se despertó sobresaltada en su cama y con la respiración entre cortada. Aún permanecía en desnuda y con el teléfono en el suelo. Evidentemente se había quedado dormida. Intentó calmarse mientras iba al baño a buscar un vaso de agua. Estaba tan exaltada, que necesitaba calmarse. Encendió la luz mientras iba al lavado. Cuando abrió la llave, se dio cuenta que llevaba unos guantes de látex blancos cubiertos de sangre.

FIN